

W 038

W 069



transporte

en guerra

ÓRGANO DEL SERVICIO DE TREN DEL EJÉRCITO DEL CENTRO.

Se ha escrito mucho sobre la gran utilidad del transporte en la guerra. Interesa también resaltar la labor meritísima del conductor (pieza esencialísima en el engranaje del transporte), que en momentos difíciles, fatigado y soñoliento (días y noches aferrado al volante) ha sabido cumplir como un verdadero antifascista, sin flaquezas, sin protestas, llevando en su mente una sola idea:

VENCER AL INVASOR

Camarada conductor: Tu mayor orgullo debe ser, al terminar cada servicio, poder decir: «He cumplido con mi deber.» Y que nadie pueda controvertirte ni en el más mínimo detalle



Neri
Robledo.

Hemos perdido Barcelona. Esta pérdida no supone, como los rebeldes creen, el derrumbamiento de nuestra moral y nuestra fe en la victoria de la República. Al contrario; nuestros deseos de luchar y vencer se acrecientan más y más cada vez que sufrimos la pérdida de alguna ciudad, porque sabemos que las victorias enemigas son momentáneas, debidas exclusivamente a la enorme superioridad de armamento del Ejército extranjero y «nacionalista» al servicio de Franco.

EDITORIAL

Pero ¿cuánto tiempo durará esto? El jefe de nuestro Gobierno lo ha dicho: «Aunque un poco tarde, aún llegan a tiempo las armas necesarias para igualarnos a nuestros enemigos.»

Pues si esto es así—y nadie tiene derecho a dudar de las palabras del doctor Negrín, gobernante modelo, que aun en los momentos más adversos de nuestra lucha ha presentado siempre las cosas en su cruda realidad, sin engaños ni tapujos de ninguna clase—, si ésta es la realidad de nuestra situación en lo que a material bélico respecta, ¿cómo va nadie a dudar en el triunfo final de las armas republicanas?

Si en dos años y medio de guerra nuestros enemigos no han podido vencernos, a pesar de sus tanques, sus aviones y sus cañones, ¿cómo no hemos de vencerlos ahora que nuestro armamento se iguala o quizá supera al suyo? ¿Quién no recuerda la huida vergonzosa de los italianos en Guadalajara, cuando nuestras tropas llevaron nada más que un poco de material para reforzar el que allí existía?

Estamos seguros que el día—quizá muy en breve—que nuestras fuerzas opongan a las italianas la misma cantidad de armamento, toda la península ibérica va a resultar pequeña para la carrera que van a emprender en su huida hacia el mar...

Y el día que las tropas de la República empiecen a reconquistar terreno, los invasores lo pueden considerar todo perdido, pues sus fuerzas, acostumbradas a conseguir victoria tras victoria, se desmoronarán totalmente, porque no tienen la moral de nuestros soldados, ni su retaguardia sabrá colocarse al nivel de la nuestra en los momentos adversos.

Todo el tinglado de Franco—«nacionalistas» internacionales—se vendrá abajo al primer empujón, y ya no habrá ningún «arquitecto» que pueda levantarlo.

Nuestro Gobierno exige en estos momentos serenidad, fe en la victoria y que cada uno luche o trabaje en su puesto con más tesón que nunca. Cumpliendo esta orden del Gobierno tenemos segura la victoria.



DISTRIBUCION DE LA ENSEÑANZA

Tema que se desvía como principio fundamental del plan de estudios hecho. Este ordena las materias objeto de trabajo, determinando las más de las veces, también, los fines. Razón consecuente es, por tanto, que la distribución de la enseñanza haya de referirse solamente a la materia. No obstante, hemos de reconocer que la distribución de la enseñanza ha de ser metódica y regirse por el cambio de actividades de origen psíquico que intervienen en el proceso educativo.

No están de acuerdo los pedagogos respecto a los grados en que se puede hacer esta distribución; pero nosotros vamos a hacerlo en cinco grados, siguiendo la norma más comúnmente admitida. Exposición del fin: preparación, presentación, asociación y sistema, aplicación. La exposición se funda principalmente en la habilidad del educador para producir atención e interés en el educando. Es necesario dar a la novedad que se va a explicar todo el interés posible para llamar el trabajo de funciones mentales hacia ellos. La preparación está considerada como una consecuencia de la exposición al mismo tiempo que proporciona medios. La presentación cede al educando medios nuevos de conocimiento adquiridos por narraciones, exposiciones, descripciones, etc.

Por la asociación y sistema se deducen las verdades a que pertenece la materia objeto de estudio. Pero para que esta parte de la enseñanza tenga verdaderamente efectividad ha de hacerse por la comparación de materias afines con la materia tratada. Por la aplicación podemos consolidar lo aprendido, procurando relacionarlo con otras ideas conexonadas con ella y que nos den por resultado fines prácticos, como problemas, composiciones, etc., etc.

Ahora vamos a estudiar la actividad del educando. Entre estas actividades podemos contar la predisposición mental, por la cual relacionamos las ideas con el sentimiento, al mismo tiempo que comparamos las experiencias hechas ocasionalmente por el educando. La asimilación de lo nuevo: tan distintas como son las materias que se tratan y la actividad que se pone en ejercicio. Una asimilación verdadera

se produce cuando la enseñanza versa sobre materias que el educando, por su profesión, puede crear conciencias. De aquí que las impresiones más asimilables han de venir del exterior, ya que la escuela debe tender a imitar la vida real de la experiencia. La asimilación debe ser propia, puesto que en la función intervienen grandemente los sentidos, y aun lo que se aprende de esta forma ha de ser pensando; este pensamiento ha de hablar, como etapa previa de la asimilación, la relación que existe entre los elementos objeto de estudio. La incorporación supone la unión a los conocimientos habidos de otros nuevos. Gran papel juega aquí la relación de conocimientos, ya que de unos deben salir los otros, formando escalón de lo fácil a lo más difícil. Muchos de estos detalles podrían desaparecer de la memoria, pero si se hallan relacionados no es posible que desaparezcan aquéllos que tienen carácter general. De esta actividad resultan las reglas generales, tesis, etc. La elaboración formal consiste en la materia adquirida, aplicada de distinta forma a las asignaturas de carácter formal. Así vemos que un mismo asunto es tratado de distinta manera por el pintor, escultor, poeta, etc. La elaboración formal se funda principalmente en la naturaleza de la materia. Expuesta de una forma breve la distribución de la enseñanza, hemos de afirmar como punto final que esto no puede hacerse de una manera rutinaria, sino que debe producir emociones intelectuales para que haga verdadera concentración de conocimientos.

VILLAGRA



A los marinos del «José Luis Díez»

¡SALUD, camaradas! Os saludo con emoción, con tanta, que no sé cómo expresaros, desde estas líneas vuestra gesta heroica, que pone a prueba el valor sereno de vuestras hazañas a bordo del buque de memoria perenne ya en la mente de todos los buenos españoles, del mundo entero.

He cerrado los ojos por un momento, y he soñado al propio tiempo, cuando leía en nuestra prensa vuestra última hazaña. ¡Con qué majestad se hacía a la mar vuestro buque con el fin de incorporaros a las aguas leales para seguir luchando a nuestro lado! He visto cómo las hélices del barco trabajaban contentas y precipitaban su movimiento dentro del interior de las aguas que confluyen el Mediterráneo y el Atlántico, y como éstas barboteaban risueñas y admiraban vuestra valiente decisión.

He visto también las luces de Ceuta, las de la glorieta de Galán y García Hernández, las de la calle de la Soberanía Nacional, las del puerto, cómo os acechaban. He visto cómo los faros del puerto marroquí y el del Hacho se cruzaban al propio tiempo con los de Algeciras y La Línea, buscándoos ansiosos en el ajetreo de las aguas, con su viento propio de Levante, en el Estrecho de Gibraltar. Y he visto, en fin, y he sentido odio, rabia, envidia de no estar en esos momentos con vosotros, cuando los barcos piratas disparaban sus cañones y lanzaban sus torpedos, y la arrogancia con que les habéis contestado, serenos, erguidos, hasta dejar fuera de combate a uno de ellos. Y, por último, os he visto regresar tristes, llorosos de pena y de rabia, cuando vuestra nave buscaba de nuevo el refugio de la bahía inglesa para curar las heridas que momentos antes os habían inferido las granadas asesinas de los piratas.

Yo, que siento la emoción, que la he vivido también y que aún la vivo en ocasiones diversas a través de esta lucha, no puedo calcular, sin embargo, la que me producen vuestros hechos magníficos. Los soldados del Ejército de Tierra, los del Aire (¡¡loor a la Gloriosa!!), que se juegan la vida a cada instante, minuto a minuto, segundo a segundo, y ¡con qué coraje!, tienen, al igual que vosotros, toda mi admiración, todo mi cariño de español y de antifascista; pero vosotros, en esos instantes, habéis escrito una página en el libro de oro de nuestra guerra que supera a todas las que nuestro Ejército entero hasta el momento está plasmando. Os habéis hecho a la mar seguros de una muerte cierta, y habéis despreciado a ésta con un arrojo, una serenidad difícil de imitaros. España entera, el mundo entero, por mejor decir, os guardará siempre en su memoria, y tened la seguridad que vuestra recompensa, a que os habéis hecho acreedores y que nuestro Gobierno os entregue, será merecidísima en todo extremo.

Y ahora vuelvo a pensar de nuevo en vosotros, esperando veros otra vez frente a frente a los traidores que os acechan, y tengo la seguridad, camaradas valientes, que saldréis victoriosos de vuestra difícil empresa y que el Pueblo entero os aguarda para abrazaros y cubriros de laureles.

Y, para terminar: en el interin que separáis vuestro barco, si vuestros pocos ratos de ocio os lo permiten, transcurrir por las aceras del Main Street, de Gibraltar. Y si, para solazaros, frecuentáis los elegantes cafés Royal, Continental, Galiano & Sons, etc., fijaos bien en las caras de los españoles que allí se encuentren —el máximo de ellos enemigos vuestros, enemigos de todos nosotros—, para que cuando termine la guerra podáis decirles con todas vuestras fuerzas: «¡Cobardes! Estuvisteis allí, en Gibraltar, escondidos, cuando nosotros, con nuestro glorioso barco, nos hacíamos a la mar para cooperar al engrandecimiento de nuestra Patria.» La de ellos, al fin y al cabo, también; aunque no se la merecen.

¡Salud, marinos republicanos del «José Luis Díez»!

Cristóbal CARNICER

Enero 1939.

Procura llevar siempre el coche bien de frenos. Un frenazo a tiempo puede ser tu vida y la de los que contigo vayan.



Todo movimiento revolucionario o contrarrevolucionario, civil o castrense, alzamiento popular o pronunciamiento militar, lleva en germen una idea luminosa, en gestación una antorcha idealista—que estará de acuerdo o no con nuestros principios humanos, políticos y sociales—, pero que si triunfa marcará en la nueva vida, como fundamentos de la sociedad futura, los pensamientos más destacados que tuvieron la virtud de ligar voluntades y producir el hecho histórico.

Toda acción tiene por origen la idea, los sentimientos inmanentes que la encarnan y predisponen a nuestro espíritu a la realización de la misma, ya por amor a nuestros semejantes (altruismo), o por satisfacción de nuestro capricho y vanidad (egoísmo). Procuremos el bien del prójimo y conseguiremos el nuestro.

Base de toda empresa, función, movimiento, trabajo, acción o actividad cualquiera es la organización. Pero condición imprescindible para su ejecución perfecta es la disciplina, afirmando que ésta no es mando absoluto o despótico del de arriba, ni sometimiento humillante y servil del de abajo.

La primera supone el estudio previo de los elementos y factores que integran la misión que tenemos encomendada, disponiendo las operaciones preliminares y colocando a cada individuo en el lugar y trabajo que más en armonía esté con sus facultades físicas e intelectuales, a fin de conseguir el mayor rendimiento de todos ellos. Organizar es conocer los elementos constitutivos de un trabajo, para que al llegar a la realización del mismo resulte lo más perfecto en el menor tiempo y coste. Organizar es poner a los antifascistas probados y competentes en los puestos de responsabilidad para los que muestren especiales aptitudes. Organizar es procurar que el obrero, empleado, soldado, etcétera, cumpla su tarea en las mejores condiciones posibles, y con una remuneración suficiente a satisfacer sus necesidades y las de los suyos. Buena organización será aquella en que, colocados los miembros o individuos de un organismo o cuerpo en los puestos señalados por el que tiene competencia, libertad de juicio y autoridad, cumplan su cometido con arreglo a las disposiciones legales y sean incapaces de realizar actos que aminoren su personalidad, vayan en desdoro del grupo o cuerpo a que pertenecen, de la clase en general y quizá también de la mayoría de sus conciudadanos.

Si sentamos esas directrices como premisas de nuestro organismo militar; si aceptamos con ilusión nuestro deber y lo cumplimos a satisfacción de todos, nuestra labor está realizada, la corrección punitiva será innecesaria y tendremos la honra de servir como modelo a los demás Cuerpos del Ejército.

Pero siendo la obra perfecta, el trabajo acabado y completo, la realización de los fines de toda sociedad, función de todos y cada uno de los individuos que la constituyen, fácil será comprender que el abandono por uno solo del trabajo a él encomendado producirá la desorganización del mismo, y aquél se hará acreedor a las medidas disciplinarias que el Cuerpo o colectividad haya establecido.

¡Grande y feliz el pueblo que pudiera borrar de sus códigos las penas correspondientes al incumplimiento del deber!

¿Podríamos mencionar una sola agrupación humana, de los más diversos fines, que haya dado cima a su misión sin una buena organización y una absoluta disciplina? El progreso de las ciencias y las artes obedece a una disciplina en su desarrollo y estudio. Los pueblos primitivos necesitaron de ella en sus relaciones internas y cuando tuvieron que defenderse de los pueblos vecinos. Las sociedades, sindicatos y partidos políticos marcan a sus afiliados los postulados que les han dado origen, y les exigen fiel acatamiento. Oímos hablar de disciplina militar, sindical, política, etc. Luego es algo que llama nuestra aten-

ción, que reclama nuestro interés y que consideramos de importancia suma para la vida normal y eficiente de cualquier sociedad.

Ante esta petición general hay—y por desgracia abundan—quien supone a la disciplina representada por el feroz Atila o por la espada de Damocles suspendida sobre nuestra cabeza.

No asustaros.

Disciplina es observancia, respeto y cumplimiento pronto y exacto de nuestros deberes; bien entendido que éstos han sido fijados por nosotros, por aquellos a quienes confiamos la defensa de nuestros derechos, y en los pueblos cultos y demócratas, por las autoridades legítimas elegidas por el pueblo y para el pueblo.

Los momentos que vivimos exigen disciplina unánime. Ni dura ni blanda, ni inflexible ni medrosa; pero igual para todos, pues todos juramos defender la causa y para todos será honor y orgullo salvar a España de los invasores y someter a los traidores a la ley.

La gradación y aplicación de la disciplina está en razón directa de los momentos y situaciones que viven los pueblos; y así vemos que, al iniciarse la sublevación fascista y arrastrar con ella los distintos poderes del Estado, la disciplina es suplida y superada por la explosión de entusiasmo y decisión del pueblo, que sin armas revalidó su triunfo electoral y desarticuló el movimiento. Ante la impotencia de los traidores, el fascismo internacional decide su intervención en hombres y material. Pero entonces el Pueblo y Gobierno españoles aúnan voluntades, concen-

tran sus esfuerzos y, tomando como base las gloriosas Milicias, constituyen el Ejército popular, le dotan de los elementos precisos para la lucha e imponen a todos el cumplimiento del deber, la disciplina.

Si el hombre es sociable por naturaleza; si sus actividades han de desenvolverse en comunión con los demás hombres, hagamos del deber una religión, cumplámonosle con alegría y superación y procuremos ser ecuanímenes y justos en la aplica-

ción de las medidas disciplinarias. Obligado por mi profesión a conducir y elevar inteligencias y voluntades, siempre temperaré mis decisiones a las normas que a continuación expongo, y que juzgo obligatorias para todos los ciudadanos de cualquier clase o categoría.

Respeto mutuo, competencia profesional, cooperación, puntualidad y exactitud en el servicio, consecuencia en las ideas, preocupación constante de mejorar la vida de los subordinados y amistad y cariño para con ellos.

Corría el año 18. Acababa de ingresar en el Ejército, y fui testigo de la despedida entrañable de un jefe militar a los soldados que tenía bajo su mando. Aquel coronel, hombre antes y después que militar, había sabido hermanar la disciplina con el amor. Veía en sus soldados a hermanos de profesión. Compartía con ellos alegrías y tristezas, y al llegar su separación, para ocupar puesto más elevado, no puede marcharse con las formalidades de ordenanza notificando su cese en la orden del día. Precisa hacer partícipes a sus subordinados de la alegría que le produce el haber acertado a comprenderles y de la tristeza de su alejamiento, y así dispone formar los dos batallones que integran su regimiento, y uno por uno va estrechando su mano afectuosa; y no considerando extinguido su amor y dolor, lo entrega en un fuerte abrazo al soldado más débil de cuerpo y espíritu. Los espectadores del acto nos declaramos soldados honorarios de aquel jefe.

La indisciplina internacional, abandonando y privando de sus derechos a los pueblos libres, ha creado un estado de cataclismo en Europa; pero los españoles, unidos y dispuestos a acatar las órdenes del Gobierno, haremos revivir las gestas de los héroes de la independencia para alcanzar la ansiada y merecida victoria.

NO VEAS

ORGANIZACIÓN Y DISCIPLINA

Cambio de velocidades

La potencia de un motor de explosión aumenta con el número de revoluciones por minuto hasta que se alcanza la velocidad de régimen, pues con el número de vueltas crece en iguales términos el de explosiones, toda vez que se produce una explosión por cilindro en cada dos vueltas del cigüeñal. Rebasada esa velocidad de régimen, la potencia del motor vuelve a decrecer; fijándonos en los periodos de admisión, por ejemplo, al girar muy deprisa el cigüeñal la duración del llenado de los cilindros es muy pequeña, por lo que la fuerza de la explosión disminuye, y se comprende que llegue un momento en el que no esté compensado el mayor número de explosiones por la poca fuerza de cada una de ellas. *La máxima potencia de un motor de explosión se obtiene cuando gira a su velocidad de régimen*, que es distinta para cada uno, pero siempre elevada: de dos mil a cuatro mil r. p. m. (revoluciones por minuto.)

Si un automóvil va marchando por un buen camino horizontal a la velocidad que le permite la máxima potencia de su motor, al abordar una cuesta no podrá subirla a la misma marcha que en el llano, ya que el esfuerzo de subir la pendiente absorbe parte de la potencia, y lo mismo que le ocurre a un ciclista, al que el trabajo de la subida obliga a pedalear más despacio, el motor del automóvil girará cada vez con menos rapidez, desarrollando sucesivamente menos potencia, hasta hacer en una rampa larga y pronunciada que el coche se pare si la fuerza que el motor proporciona no es la que exige la subida. Las resistencias que se presentan a la marcha, en este caso de la cuesta, pueden acabar, como vemos, por consumir toda la potencia del motor; y es lo que ocurriría si desde el cigüeñal directamente se transmitiera su movimiento a las ruedas traseras, pues las resistencias que éstas sufren se aplicarían directamente a frenar el giro de aquél, reduciendo progresivamente la velocidad y, por tanto, la potencia del motor.

Por el mecanismo de la caja de velocidades la rotación del cigüeñal se transmite a las ruedas propulsoras en tal forma que, cuando el coche va despacio porque el motor agota su fuerza en subir trabajosamente una cuesta y peligraría de calarse, se puede alterar la transmisión y hacer que, aun yendo despacio el coche, el motor vuelva a girar deprisa dando toda su potencia, con lo que se aleja el temor de que se pare, y el coche podrá subir la cuesta con facilidad para el motor, aunque a menos velocidad de marcha que en el llano.

Vamos a poner un ejemplo: Supongamos un automóvil que vaya por carretera horizontal a 90 kilómetros por hora con su motor, girando a la velocidad de régimen 2.700 r. p. m., con lo cual desarrolla una potencia de 48 CV. (A esta velocidad, y suponiendo las ruedas propulsoras con neumáticos de 82 centímetros de diámetro, corresponden para cada 47 vueltas del motor diez vueltas de las ruedas traseras. Esta *demultiplicación* constante es obtenida en el puente trasero, como veremos más adelante, y no en la caja de cambios, porque suponemos que el giro del cigüeñal se transmite íntegro a la transmisión).

Al presentarse una fuerte cuesta arriba, los 48 CV. que da el motor se han de emplear ya no sólo en correr, sino también en vencer la cuesta, por lo que el coche irá cada vez más lentamente. Pero entonces el motor girará también más despacio, por lo que va perdiendo potencia. Así resulta que al bajar a 1.800 revoluciones por minuto (que corresponden a una velocidad del coche de 60 km. por hora), sólo proporciona 36 CV., y si la pendiente es fuerte acabaría por calarse el motor al no poder arrastrar el vehículo.

Pero entonces se recurre a la caja del cambio y hacemos que, conservando el coche su velocidad de 60 km. por hora, el motor pueda girar no a las 1.800 r. p. m. con que iba, sino que vuelva a girar a 2.700, dando otra vez los 48 CV. en vez de los 36 que se obtenían antes de intervenir la caja de cambios. Esta, en definitiva, lo que hace ahora es demultiplicar más el giro del motor, o sea, que, por medio de unos engranajes, se reduce el movimiento, y en vez de transmitirse íntegro el giro del cigüeñal a la transmisión, se hace que cada vuelta de ésta corresponda a cerca de dos del motor.

Si aun así no fuera bastante, se puede aumentar más la demultiplicación mediante una nueva combinación de engranajes en la caja del cambio, para ganar en fuerza lo que se pierde en velocidad.

(Continuará.)

APUNTES BIOLÓGICOS

VII

LA RELIGION

La religión tiene su punto de partida y razón, en la naturaleza de la materia viva. Desconocemos lo que ocurre en la mente de los animales inferiores, debiendo concluir (en este momento anticipar) que es la sublimación del instinto de conservación, que califica genuinamente al hombre.

El hombre no se resigna a morir. Durante su existencia se ve cercado por fuerzas agresivas procedentes de la superficie de la tierra que habita, y otras que presiente amenazadoras en la hondura de esta tierra o en la remota altura del firmamento. El terremoto y el rayo, quebrándole la vida, son expresión indudable de esas fuerzas agresivas. El hombre primitivo, mientras buscaba su alimento, debió defenderse con la huida de estos cataclismos. En las etapas de reposo, a lo largo de su vida nómada, vió al sol desgarrar la nube de donde vino el rayo, y consideró el fuego, que, además de preparar sus alimentos y ayudarle a confeccionar sus armas, ahuyentaba las sombras y las fieras.

Estas observaciones primarias sugirieron en él el concepto de dos fuerzas antagónicas, benéfica la una y perniciosa la otra, para su conservación. Su instinto le invitó a cobijarse al calor de aquélla, y adoró el sol, y adoró el fuego.

Con el sedentarismo se fué formando y dilatando su inteligencia. Su instinto, en función de miedo, se topaba inexorablemente con el hecho de la muerte. El espectáculo del cadáver ha sido el acicate más poderoso del pensamiento humano, y de su contemplación han surgido los primeros sillares y bases de las religiones; en los cimientos, siempre el miedo.

Torturada la mente, buscando solución favorable al aniquilamiento total que supone la muerte, la encontró admitiendo que el hombre no es más que una vasija quebradiza destinada a contener una sustancia imponderable: el alma, el espíritu imperecedero, y que sólo la llenaba transitoriamente, en trasiego temporal de unos seres a otros.

El espíritu inmortal satisfacía y acallaba la conciencia atormentada con la idea del perecimiento. Concepto de espiritualidad e inmortalidad que ya no podrá desaparecer del pensamiento humano. La misma ciencia moderna hilará hasta el infinito el copo de la materia viva para tejer una cultura puramente material; pero ese infinito permanece hermético y misterioso, escapando siempre delante y lejano del hombre de ciencia, como huye el horizonte ante la vista del caminante, siempre en una perenne y seductora atracción.

Una vez creado el espíritu, cuando abandonaba en la tierra su atadura carnal, vagaba por los espacios siderales, bajaba a las entrañas de la tierra o se sumergía en las profundidades abismales, vistiéndose

de las más fantásticas cataduras, pero siempre de estilo humano. Se establecieron jerarquías, tribunales donde el hombre era juzgado definitivamente, y falanges de buenos y malos. Todo ello estructurado a la medida y forma de lo que el hombre hubiera hecho en la tierra de poseer los atributos y potencias que atribuía a sus dioses. El Paraíso y el Infierno son realización imaginada de las aspiraciones del hombre para sí y para sus enemigos.

La otra vida es una proyección ideal de las ansias del instinto de conservación, mientras la materia terrenal, imperturbable e interrumpidamente, completa su ciclo de hacer, crecer, morir y descomponerse después de reproducirse.

El hombre, durante milenios, fué organizando sus divinidades, depurándolas en sucesión de variadas religiones, hasta llegar al monoteísmo. Posteriormente creó el vigoroso lazo de unión entre el cielo y la tierra, el puente que salvara el abismo en donde naufragaba la fe, por haber colocado el cielo tan alejado de las posibilidades humanas, e hizo que el Hijo de Dios viniera a la tierra y dejara testimonio de la Verdad.

Por una reversión típicamente humana, agotada, exhausta, con este último acontecimiento, la formación del cielo, el hombre, siempre al servicio de su instinto, trasladó a la tierra la estructura celeste, estableciendo iguales jerarquías, poniendo en la cumbre al Sumo Pontífice, que, como Dios, decretó «que quien no está con El está contra El».

La grey, errabunda y simple, buscando garantías para persistir y perpetuarse más allá de la muerte, se cobijó al amparo de la Iglesia, sumisa y reverente.

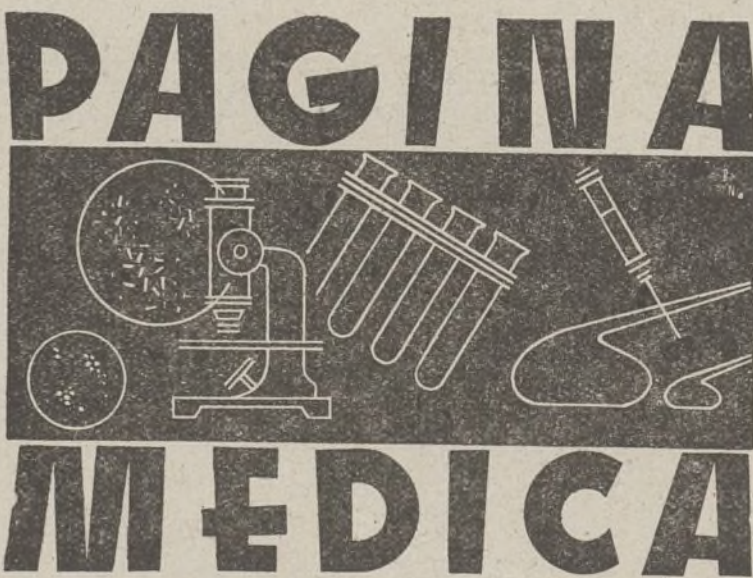
Recientemente, y después de un largo dominio absoluto de la Iglesia, el hombre comienza a perder temor a aquellas potencias naturales que fueron origen de las religiones, y al captar, por ejemplo, y neutralizar con el pararrayos la acción devastadora y fulminante del rayo, el hombre se irguió, sintiéndose poseedor de una fuerza suficiente a contener los arrebatos de Dios. Es más: tuvo que defender la casa de Dios contra la cólera del mismo Dios, rematando las agujas, pináculos y torres de sus catedrales con las varillas de los pararrayos.

Estos hechos, logrados por la ciencia, en función de observación y de experimentación, opuestos a los establecidos por la Fe, ciega y sin discurso, agrietaron los cimientos de la mansión celestial e hicieron al hombre volver la mirada a su condición terrestre, encontrándose, como el que despierta de un largo sueño, mal vestido y nutrido, sojuzgado por otros hombres investidos de dignidades y además, moralmente, empuerqueñecido y esclavizado por un miedo tradicional. Mientras, en torno, la Naturaleza le brindaba, riente y generosa, la amplitud libre de su virginidad.

(Continuará)

José MORALES DIAZ

27-IX-938.



FIN DE CURSO

Mensaje de admiración y reconocimiento hacia los que por encima de la guerra y de la muerte saben apreciar el valor imperecedero de la cultura

Nuestras manos callosas, de hijos del trabajo, dejaron las herramientas creadoras—hoy armas de combate por la libertad—para aprender a manejar esas otras igualmente nobles y que también son principal orgullo de nuestra especie en el culto del progreso y de la humana creación.

Sólo España en estos tiempos podía dar esa lección al mundo y aun a aquellos mismos que por renegados dejaron de ser sus hijos, y tal lección la atestiguamos nosotros que, en el torbellino macabro de la guerra, encontramos un remanso lleno de bondad y de luz, desde donde nuestros ojos, como guías de espíritu renovados y más fuertemente fortalecidos, pudieron contemplar con horror y placer al mismo tiempo la lucha gigantesca de dos mundos que pugnan por imponerse.

De un lado, la bestia que se resiste al progreso; el oscurantismo, que se contorsiona y enloquece a su contacto con la luz; las pasiones, los egoísmos, las tinieblas, la podredumbre que representa la muerte. De otro lado, el progreso que pretende acabar definitivamente con la voz de la caverna; la luz, que quiere descubrir los misterios y alumbrar todos los rincones de la tierra para que a todos lleguen los rayos bienhechores de la claridad; quiere que presidan los destinos de los hombres, el amor, la cultura, la ciencia y la libertad que representan la vida.

Y para conquistar esa vida de progreso y libertad en pugna con los modernos bestiarios tiene gestas de majestuosa grandeza, como es la de abrir a los hijos del trabajo y de la lucha las puertas de la superación, mientras aún se dialoga, con verbo de metralla, sobre el imperio de la vida o de la muerte.

Vamos a dejar el regazo de esta escuela—remanso en la guerra—que durante unos meses nos ha cobijado con ternuras y exquisiteces de madre; se va a desatar el nudo que nos unía a ella y que en forma de cordón umbilical nos ha estado nutriendo la vida del espíritu con el más valioso de los alimentos: el de la cultura; pero al partir para nuestros puestos de trabajo y combate, dejamos en ella parte de nuestra alma, ya que el afecto de nuestros corazones hacia ella no se enfriarán jamás.

¡Qué maravillosa y originalísima es la gesta de este pueblo sublime! ¡Quién sintió jamás, lanzado a las terribles agonías de la guerra, la noble preocupación de afinar y pulir el espíritu, entregando sus horas libres y sus afanes todos a la labor de instruirse y perfeccionarse? Nunca se dió un caso parecido.

Sólo España, la España digna y heroica que lucha y muere sin rendirse al opresor; la España no contaminada con veneno de svásticas ni fascas es capaz de hacer una obra semejante.

Entre el estrépito infernal del combate, entre las explosiones que resquebrajan el suelo y lanzan en mil pedazos los edificios, entre las heridas, el dolor y la muerte, sólo un pueblo como el nuestro es capaz de tener y realizar esas aspiraciones.

Esos afanes hemos sentido nosotros; ese pan espiritual

hemos comido con mejor ánimo que el mismo pan material. Hemos llevado a nuestra mente las nociones más precisas y sencillas de la cultura. Hemos reconstruido unos y formado de nuevo otros el cimiento de nuestra instrucción. Hemos puesto amor, celo, afán, interés y esfuerzo; pero por lo mismo que sabemos estimar el valor de lo que se nos ha entregado, sabemos también tener el acicate del agradecimiento.

Agradecemos este beneficio, en primer lugar, al régimen de democracia y libertad que la República representa y que lo ha hecho posible; a las jerarquías militares que, entre las terribles preocupaciones de su cargo, aún hayan lugar para pensar en nuestro mejoramiento y capacitación; a los profesores que con tanto interés y cariño nos han dado sus lecciones; a todos cuantos en esta obra nos han ayudado y, sobre todo, muy principalmente, a nuestros jefes y comisarios, que han puesto toda su alma y su apoyo en esta obra meritísima, y hacia quienes va, en primer lugar, la expresión más profunda de respeto y reconocimiento.

Agradecemos a todos los cuidados y atenciones que con nosotros han tenido, y prometemos solemnemente que seremos dignos de sus enseñanzas y continuadores de su conducta; que cumpliremos fielmente con nuestro deber, y que si un día tuviéramos que dar nuestra vida para el triunfo de tan noble causa, la daríamos pronto, alegres y gozosos sin vacilación ni temor, para ser dignos también de los que a millares han derramado y derraman su sangre por España y por su libertad.

Al volver a nuestros puestos de trabajo y de combate llevamos el profundo agradecimiento hacia esa gesta del pueblo, que sabe ser excelso aun en los momentos más duros y críticos de su historia. Al hacerlo, una exigencia dejamos para todos los que tengan la dicha de reemplazarnos en las aulas del humano saber, y es: la de hacer honor con ejemplaridad y constancia a tal alta atención como se nos dispensa, superando los conocimientos y perfección en beneficio directo e inmediato de la noble causa del pueblo.

A nuestros jefes, a nuestros comisarios, a nuestros maestros, a nuestros compañeros todos, con el reconocimiento más sincero y el pecho henchido de emoción al contemplar y vivir la sublime gesta de nuestro incomparable pueblo, prodigamos un abrazo, sellado con la sangre de tantos hermanos caídos para siempre, como promesa sagrada de los hombres libres dispuestos a conquistar la libertad y el bienestar de España y de todos los pueblos dignos del mundo.

Los compañeros de la Agrupación del Servicio de Trén Automóvil que terminan los cursillos de capacitación en las escuelas de la misma.—Madrid, enero de 1939.—Joaquín Rodríguez, Enrique Sánchez, Cleto Baldomero, Luis Fernández, Pedro Carrasco, T. Miguel, José López, Francisco Argid, Angel Zamorano, Lorenzo Otero, Casiano García, Julio Suárez Llano, Julio Bascaran, Adolfo Hernández, Alfonso Vega, A. Barba, Eraclio Hernández, M. Bellver, Antonio Sanz, Pascual Antonio Ubeda, Adolfo Alegrate.

Ha dicho Negrín: —

"Vale más el riesgo mínimo de morir como héroes que la certeza absoluta de ser fusilados como borregos."

La labor del
10.º Batallón
Ejemplos a imitar



Está visto que la palabra imposible va a tener que ser desterrada de nuestro diccionario por falta de ambiente. Esta es al menos la conclusión que hemos sacado de nuestra visita al 10.º Batallón de Transportes, después de ver los milagros que puede hacer la voluntad de unos cuantos hombres que, efectivamente, tienen verdaderos deseos de ser útiles, aun en las actividades más dispares.

Esto es lo que se han propuesto el comandante y comisario del 10.º Batallón, dos viejos camaradas del Transporte: que sus hombres sean lo más útiles posible. Y que lo han conseguido lo demuestra la labor que en la actualidad realizan, que es modelo de eficiencia y eficacia, aparte, como es natural, del servicio propio de un Batallón de Transportes.

A unas preguntas nuestras nos contesta el comandante:

—En estos largos meses de inactividad en que el servicio era casi nulo se me ocurrió que, para que mis hombres no estuvieran inactivos, se les podría emplear en las faenas agrícolas allí donde faltaran brazos, y, efectivamente, no hice más que lanzar la idea y cuatrocientos cincuenta hombres salieron voluntarios para una provincia cercana, donde han realizado, con completo éxito, las faenas de la sementera. Pero no para aquí esto, sino que viendo que algunos soldados habían empezado a trabajar unos trozos de terreno que hay al lado de donde está instalado el Batallón para hacer una pequeña huerta, pedí a Reforma Agraria me concediera otros, y la pequeña huerta se ha convertido ahora en trece hectáreas de terreno donde se han sembrado toda clase de hortalizas, que, cuando se recogen, son vendidas a las mismas Compañías, y como esta venta se hace a un precio muy reducido, con los beneficios que se obtienen se atiende a la mejora de rancho de todo el Batallón.

En la mayor parte de este terreno se han sembrado patatas, y cuando éstas sean recogidas serán repartidas entre los madrileños, pues el Batallón abriga la idea de remitirlas al Ayuntamiento de Madrid, para aportar así su esfuerzo en pro del abastecimiento de la capital de la República, que con su heroísmo supo hacer estrellarse al enemigo en sus mismas puertas.

Estos terrenos—continúa diciéndonos el comandante—estaban en su totalidad en estado de abandono, y viendo que con un solo par de mulas que teníamos para trabajarlos no daba rendimiento, pedimos a Reforma Agraria un tractor, que nos fué concedido, y previa una pequeña reparación en nuestros talleres está funcionando, permitiendo así una mayor capacidad de trabajo. Las rejas, arados y demás herramientas han sido también hechas por nosotros mismos, evitando tener que distraer material agrícola de otras partes cuando tan preciso es en estos momentos.

Continuamos nuestra visita por los diversos locales y vemos con satisfacción que no por lo que más arriba apuntamos se han descuidado otras labores, y así observamos cómo en una explanada próxima un grupo de soldados conductores hacen la instrucción militar, mientras otros, así como los sargentos y oficiales, estudian en sus respectivas escuelas con profesores salidos del mismo Batallón. Conductores que por su preparación universitaria se han convertido, voluntariamente, en maestros de sus compañeros.

Cuando nos retiramos, preguntamos a un muchacho de los que trabajan la huerta si está contento con el nuevo trabajo que voluntariamente se ha impuesto, y nos contesta: —¡Hombre! Cuando hay ganas de trabajar todas las ocupaciones gustan, y lo mismo da manejar un camión, un tractor o el azadón, pues a mi modo de ver cualquiera de estas ocupaciones redundan en beneficio de la sagrada causa que todos defendemos. Pero yo creo que una de las cosas que más me alegra es esta precisamente: trabajar la tierra, porque al fin y al cabo ella es la que nos mantiene.

Se aleja con su azadón al hombro, y su figura, recortada en el cielo de la tarde, nos hace recordar la exacta frase con que Galdós quiso concretar el ardor de la guerra de la Independencia: «Todo el campo, la Geografía en pie.»

A. TORRES



Ayuntamiento de Madrid





FÍSICA

ESPÍRITU DE LA CULTURA FÍSICA O DEPORTIVA

Quien cultiva la cultura física desarrolla la voluntad de obrar y confianza en sí mismo, se comunica un conjunto de cualidades morales que constituyen el espíritu deportivo.

El que practica la cultura física es audaz sin ser temerario, es sociable, suave y amable sin ser débil. Nunca abusa de su fuerza; pero sabe emplearla, si llega el caso, al servicio de una buena causa, no por vanidad ni deseos de lucro. Su amor propio no molesta, porque es manifestación del interés de hacer bien. Caballeroso, sin altivez ni desdén para el débil. Se halla siempre en los lugares donde puede ser útil, no ahorrando su esfuerzo, gustándole la dificultad, esforzándose en sobresalir en todo, con el deseo de superación y sin vanidad.

Entre los deportistas se encuentran los hombres capaces de hacer rudas tareas para llevarlas a buen fin, tomando a su cargo la responsabilidad de las mismas. La dignidad y el respeto de sí mismo les alejan de los placeres insanos, porque conocen los perjuicios que acarrearán a la salud suya y de la colectividad. En todas las funciones sociales que cumplen, la virilidad y rectitud de carácter son garantía del bien que desean hacer.

El deportista ama a sus semejantes, tiene espíritu de sacrificio, sigue un camino recto y no comete nunca una mala acción que tenga que reprocharse. Es, en síntesis, el gentilhombre perfecto, una especie de hombre moderno que contribuye, en gran parte, a la prosperidad y a la grandeza de su país y de la raza.

F. ESTESO

DE NUESTRA LUCHA

Magnánima nuestra causa. Terrible nuestra lucha. Devastación y muerte, miseria por doquier, como dirían los clásicos.

No os extrañe, hermanos. El caballo de Atila, donde puso la pesuña, creó un páramo. La barbarie, el asesinato colectivo, han sido exaltados a lo sublime por dos seres repulsivos del siglo, miserias de la Humanidad.

Hitler y Mussolini, ¡cuánto odio vomitará el recuerdo de vuestros nombres a las generaciones! Por el contrario, ¡cuánta admiración a nuestra gesta!

De todo español, un héroe en el dolor, en la dignidad.

No olvido la silueta gris de nuestros soldados. ¡Qué grandiosidad de alma cubre el capote gris! Ved ese compañero en el parapeto, digno y grande como nuestra causa. Aquél es un enlace, audaz y fuerte. ¡Cómo acaricia los mandos de la moto! ¡Con qué unción de padre! Es su compañera: es una misión sagrada. ¡Lleva un parte! ¡Sucumbirá en la empresa? ¡No! Pero si así fuera, mil, diez mil le sustituirían. Así es España: en cada hijo, un héroe.

Es una caravana veloz y armónica. Camiones de guerra. Es el Cuerpo de Tren sobre ruedas. Traslada brigadas, divisiones y pertrechos de guerra de un frente a otro, de zonas del interior a las de vanguardia. Para este soldado, en la misión que lleva, no hay horas de servicio, no siente agotamiento. Su satisfacción es su asistencia a sus hermanos de lucha en los frentes.

Así todos, Pueblo y Ejército unidos en el mismo fin. ¡Victoria, rescataimiento de nuestra España, reafirmación de nuestro régimen republicano, bajo el cual brilla un horizonte reivindicativo de mejoras sociales, de justicia humana!

Tomás FERNANDEZ VILLEGAS
Comandante jefe de la Agrupación del S. T. A.



LA VICTORIA HAY QUE MERECELA

En estos momentos, en que nuestro glorioso Ejército escribe con sangre una de las páginas más brillantes en la historia de nuestra guerra, resistiendo en tierras de Cataluña, con heroísmo inigualable, las acometidas desesperadas de las fuerzas fascistas invasoras, es deber de todos los que en la retaguardia cumplimos una misión relacionada con la guerra hacernos dignos de los que no reparan en sacrificios, por grandes que éstos sean, en defensa de la independencia de España, hoy más que nunca amenazada. ¿Cómo? Trabajando sin descanso; poniendo nuestro celo y entusiasmo en desempeñar aquellos servicios que nos fueron encomendados; sufriendo, con elevado espíritu, cuantas privaciones las circunstancias nos impongan; con el pensamiento siempre fijo en quienes noche y día ofrendan generosamente su vida por la patria.

La victoria, se ha dicho, no sólo hay que desearla, sino también merecerla. Esta es verdad que todos debemos tener muy presente. No basta decir: soy antifascista. Estas palabras tienen que ir avaladas con nuestra conducta, con nuestros hechos. Porque son muchos los que, deseando nuestro triunfo, no ponen a contribución todas sus energías para que éste sea una realidad en el plazo más breve. Y no son pocos también los que con su vida privada, nada austera, desmoralizan a quienes les rodean, causando así estragos en nuestras filas mucho mayores que los que puedan producir, con sus medios mortíferos, nuestros enemigos, y a los que, al fin y al cabo, consideramos como tales.

E. GARCIA MATEOS

Comisario de la Agrupación del S. T. A.

FE EN LA VICTORIA

La fe en la victoria, la fe en nuestro Ejército y la fe en los grandes destinos de nuestro pueblo no sólo nos dará el triunfo sobre las hordas italo-germanas que invaden nuestra tierra y la prostituyen, sino que nos permitirán escribir la página más grandiosa y más trágica de nuestra historia al lograr, con nuestros sacrificios, que salga el pueblo español de una larga decadencia de trescientos años para seguir un camino de libertad y de progreso. Estad seguros de que así hemos de lograrlo, porque ésta es nuestra fe.

Por eso tú, soldado del transporte, con la fe en nuestra victoria y con disciplina impuesta por ti mismo, y recordando que tu patria está invadida por las tropas extranjeras, lucha con calor, alienta al débil y dile que estás luchando por crear una España fuerte y feliz, y que el día que la guerra haya acabado que sepan tus hijos que su padre luchó defendiendo la patria y la libertad del pueblo, y con ello la cultura de la nueva generación, porque la República educa con libertad de pensamiento a nuestros hijos y con escuelas de capacitación para todos los que luchamos en el Ejército Popular.

Tengamos fe en nuestro trabajo en las trincheras y en todos los lugares donde tengamos que defender nuestra querida patria, y así alcanzaremos el triunfo y, con él, la paz, prosperidad y trabajo de nuestra nueva España.

LUIS ATILANO

Comisario de Compañía de la Agrupación del S. T. A.

ENGRASE

(CONCLUSIÓN)

La figura 3.^a indica la disposición de un engrasador moderno muy usado; la presión del aceite, venciendo la fuerza del resorte R, empuja el pistón hacia adentro, y lleva a las mandíbulas M a apretar con fuerza la cabeza redondeada de la bomba de engrase, haciendo el conjunto totalmente hermético.

A veces se provee a cada articulación a engrasar

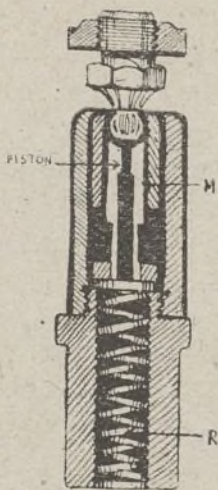


Fig. 3.^a



Fig. 4.^a

de un tubito, en cuyo extremo va el engrasador, sobre el que se aplica la bomba de la figura 2.^a. Como los extremos de esos tubos se agrupan en distintos sitios de fácil acceso, tal como el A de la figura 4.^a, el engrase se hace con mayor rapidez y comodidad que por el procedimiento general.

ENGRASE CENTRAL.—Algunos coches modernos emplean el engrase central, constituido, generalmente, por un depósito-bomba situado en el tablero, desde el que envía el aceite a los puntos convenientes. La forma como se realiza esta operación difiere de unos a otros sistemas: en el "Monocoup", por ejemplo, el engrase simultáneo de las treinta a cincuenta articulaciones de que consta el «chassis» se efectúa al accionar el conductor el pedal que manda la bomba del depósito de aceite; entonces, por las canalizaciones principales llega el lubricante a los distribuidores (fig. 5.^a), repartidos por el «chassis»,

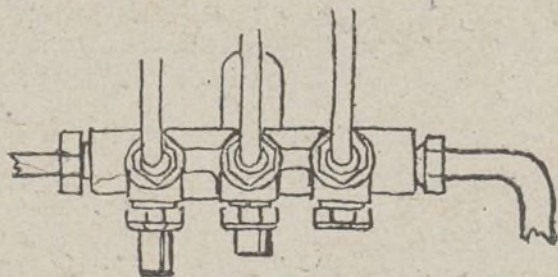


Fig. 5.^a

y de ellos pasa a los dosificadores y a los conductos secundarios que desemboca en la articulación correspondiente.

La disposición interna de los dosificadores se aprecia en la fig. 6.^a. Una válvula cónica doble D, obligada por la acción de un resorte, mantiene cerrada la comunicación del conducto principal A con la cámara C (I); pero cuando se oprime el pedal de la bomba el aceite a presión penetra en C, comprimiendo el aire de la cámara, por cerrar al mismo tiempo la válvula el paso entre aquella y la canalización secundaria (II). Al abandonarse el pedal, el resorte de la válvula lleva a ésta a obturar nuevamente la canalización principal A (III), y como está abierto el paso al conducto secundario, el aire comprimido de la cámara C expulsa el aceite por B hacia el punto que se trata de engrasar.

Los dosificadores son de capacidad proporcionada a las necesidades de engrase de cada punto, y a éstos llega con fuerza el aceite en el primer momento; la presión va disminuyendo luego gradualmente, a medida que se expande el aire comprimido en la cámara C.

El mando por "servo-bomba" se distingue del anteriormente explicado en que se hace intervenir la fuerza de aspiración del motor para producir la impulsión de aceite en las tuberías, substituyéndose el esfuerzo del conductor sobre el pedal por otro más reducido sobre un botón colocado en el tablero.

En los coches americanos es muy empleado el engrase "Bijur", que se diferencia esencialmente del descrito en que la presión es menor y también en la

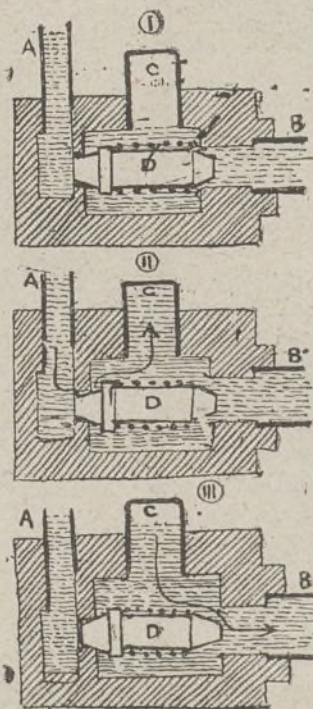


Fig. 6.^a

forma de los dosificadores, los cuales regulan su acción por unas agujas calibradas situadas en los conductos del paso del aceite. El sistema "Aleyl" es otra variante de los anteriores; aquí, en lugar de circular el aceite a presión por unas canalizaciones, se utilizan mechas que se impregnan de aceite del depósito colocado en el salpicadero, y, por capilaridad, producen un goteo continuo sobre los puntos que deben engrasarse.

El engrase central puede realizarse también de una manera automática, según las exigencias de trabajo impuesto al «chassis» en las distintas condiciones de marcha, por un mecanismo que, no obstante ser independiente del motor y de las transmisiones, actúa tan pronto el coche se pone en movimiento y cesa de obrar en las paradas del vehículo. "Tecalemit" utiliza a tal fin los efectos que las trepidaciones del «chassis» producen en una pequeña masa metálica, que cuanto más oscile (por ejemplo, a causa del mal estado de los caminos) mayor cantidad de aceite manda la bomba, articulada a esa masa, a los circuitos de engrase.

En caso de funcionamiento regular, el engrase centralizado, además de la facilidad con que realiza la operación, resulta más perfecto por la mayor fluidez del lubricante (aceite de motor en vez de grasa) y por realizarse de dentro hacia fuera, con lo que las impurezas son arrastradas al exterior de la articulación, contrariamente a lo que ocurre con el engrase ordinario.

No faltará, a la hora del café con leche, sobre mullido lecho y en perfumada alcoba, en el soponcio de los desperezos matinales, quien pague con sonrisa escéptica, acaso burlona, la profesión de inquebrantable fe en nuestra victoria que entrañan las palabras que son cabecera de este ensayo de periodismo.

Ya veo en pijama al enmascarado ventrudo, roja como las entendederas la nariz, abotargados los ojos en las preñadas órbitas, belfo y colgante el sangriento labio inferior de sátiro masoquista, rechazar con aire despectivo mis afirmaciones rotundas. Veo también esa renovada floración del viejo señoritismo, cursiforme y mimética, ñoña y perfumada, heredera «ab intestato», de odiado nepotismo, antigua y dolorosa lapa del cuerpo de la nación, refocilarse con la esperanza de un triunfo fácil, para su provecho y a costa de turco. Presiento a todos los enemigos de nuestra causa que puedan leerme, y a los amigos inútiles, agiotistas de la victoria. Para ellos se escriben estos articulejos, oxígeno puro que llega del campo a barrer las bocanadas de aire enrarecido y mefítico que lanzan ellos a la plaza pública de las ciudades en la frivolidad de un corrillo o en la enervante molición de un café a la hora idiota del aperitivo.

Los demás españoles que puedan leerme, de antemano saben qué voy a escribir. Viven conmigo la vida de campo y destacamento. En la fábrica, en la mina, en el mar, en el aire, sienten la fruición de las horas fecundas que forjan a fuego de fragua sobre la solidez del yunque con la fuerza del músculo, con la antorcha encendida de la razón, la imagen del triunfo, en forma de republicana matrona, de ojos cuajados de resplandores que prometen libertad, espada desnuda que ofrece inexorable justicia y encendidos labios, nuncio de paz y amor.

Para éstos no escribo yo. Ellos escriben conmigo el lenguaje incontestable de las abnegadas acciones. Ellos son los poderes de la República. Son la seguridad incontrovertible de vencer. Como primer postulado, y en orden cronológico al menos, primer factor de la victoria, van a ser el tema del presente ensayo. En los sucesivos trazaré el diseño de los demás factores del triunfo.

Son los soldados del pueblo. Auténtica raza española. Heredaron de Viriato el espíritu de independencia altiva; de Sagunto y Numancia, la abnegación; de Velarde y Daoiz, la entereza, el valor, el renunciamento; de los descubridores de América, la intrepidez y la audacia; de los grandes colonizadores, la política. Aman la paz y son leones para la guerra. Son fruto de la Revolución y semilla del porvenir. Fueron aguas desbordadas, con fuerza sola para anegar, que discurre hoy por cauces nuevos con placidez de espejo en la mansedumbre de los remansos y fuerza avasalladora de torrente en la hora azarosa de las batallas. Son el brazo armado de un pueblo que, acorralado un día en la estrechez de un solo reducto, en las escabrosidades de Covadonga, para recobrar su integridad territorial, inició una batalla que había de durar ocho siglos. Y que cuando un déspota megalómano, que se llamó Napoleón, engraido del apellido de «Primer capitán del mundo», que le dió la fama, y del trágico remoquete de «Em-

YO SE QUE GANAMOS LA GUERRA

EL BRAZO QUE EJECUTA

perador», bautizo de su vanidad égotra, olvidó la Historia y se propuso sojuzgar a España, recibió el zapatazo de oscuros capitanes como el «Empecinado», que fueron campesinos; el sarcasmo de que un alcalde socarrón de Móstoles desafiara a su majestad imperial; la injuria de que un «palleter» de Valencia, acaso un buscón, le declarara la guerra, y el bochorno de que todos ellos le derrotaran en cien combates, echando de estampía al intruso y a su hermano José, con su espléndida presa y sin igual cortejo, en el desastre de Vitoria, del que hubo de escapar a uña de caballo.

Pueblo que sigue los derroteros de las Revoluciones francesa y rusa, y que, como aquéllas, tiene la predestinación del triunfo. La Revolución francesa pasó horas bien difíciles. Tuvo en La Vendée, y en el ataque de las potencias extranjeras, el peligro de sucumbir. Pero lanzó a los prusianos de Verdún y la Campaña, y a los vendeanos, de Bretaña y de Vitré. Venció la guerra civil con el marqués de Lantenac, y la invasión extranjera, con el desastre inopinado e inexplicable vuelta de grupa de los ejércitos invasores exóticos. Encumbró hombres terribles, como Robespierre y Marat; audaces, como Dantón; sabios, como Sieyes, y elocuentes, como los elocuentes Girondinos. Y sobre todos ellos el espíritu renovador de la Revolución, cristalización y esencia de un pueblo que adoctrinaron Montesquieu, Voltaire y Rousseau.

La Revolución rusa triunfó de los blancos, tras horas difíciles, como la francesa de los nobles; y como triunfará la española por el espíritu de independencia de la raza, por el ansia de libertad y justicia social, máximos anhelos del alma española.

El formidable Ejército del Pueblo, brazo que ejecuta, es hoy la seguridad del triunfo. Pero hay cien cosas que vemos los que estamos en el campo, que son para mañana infalible promesa de incesantes partes victoriosos. Es la pujanza de nuestro Ejército, ayer fuerza disgregada y casi ciega, hoy fuerza compacta y sabiamente dirigida. Es la tremenda organización de todos los servicios, superada cada día. **ES LA SORPRENDENTE MOVILIDAD QUE A TODA LA MASA COMBATIVA IMPRIME EL NUNCA BIEN PONDERADO SERVICIO DE TREN DEL EJERCITO: LA MOVILIDAD, BASE DE LA ESTRATEGIA, FORJA DE LAS VICTORIAS, MULTIPLICADOR DE LOS EJERCITOS.**

La realidad se impone, imprimiendo a la voluntad de un pueblo, que acepta todos los sacrificios por la victoria, la dirección necesaria y los elementos de combate apetecidos. Con pueblo, armas y dirección no podemos perder la guerra...

La sonrisa del escéptico malintencionado se tornará mueca dolorosa como siga leyendo estos articulejos. El fruicioso refocilamiento del nuevo señorito sibarita, en terrible desencanto, como lea los que han de seguir. El pueblo español entonará su marcha triunfal y lanzará en el rostro de todos sus enemigos la risotada sarcástica del desprecio.

VOLANTE

Soldado del 10.º Batallón
del Transporte (S. T. E.)

«Que se juren los soldados no retroceder un paso cuando el mando ordene clavarse en el suelo.»
(Del último discurso del doctor Negrín.)

EQUIPO ELÉCTRICO DEL AUTOMOVIL

Después de comprimir los gases carburados durante una carrera ascendente del pistón se hacía saltar una *chispa* en la bujía, con objeto de provocar la explosión de la mezcla. Esta *chispa* se produce por medio de la electricidad, y el conjunto de aparatos necesarios para obtenerla y hacerla saltar en el momento debido se llama *sistema de encendido o ignición*.

Los automóviles están provistos, además, de una *instalación eléctrica* para proporcionarse el alumbrado necesario durante la marcha por la noche, y que sirve también para obtener la energía precisa para arrancar el motor sin tener que hacerlo a mano con la manivela de puesta en marcha. Estos dos servicios (*alumbrado y arranque eléctrico*) son conseguidos mediante dicha instalación, que en la mayoría de los automóviles suministra, además, la electricidad que necesita el sistema de encendido para producir la chispa en las bujías (encendido Delco o por baterías). En otros coches, cada vez en menos, el sistema de encendido es completamente independiente de la instalación para el alumbrado y arranque, empleándose entonces un aparato especial llamado *magneto*.

A continuación vamos a exponer los principios fundamentales de electricidad que debe conocer el chofer, los aparatos de que consta la *instalación eléctrica* y su funcionamiento, y, por último, se estudiarán los dos *sistemas de encendido* citados.

Naciones de electricidad

Corriente eléctrica.—Aunque la naturaleza íntima de la electricidad no es todavía perfectamente conocida, las propiedades de la *energía eléctrica* han sido, en cambio, estudiadas de modo muy completo, y gracias a ellas se consiguen las numerosas

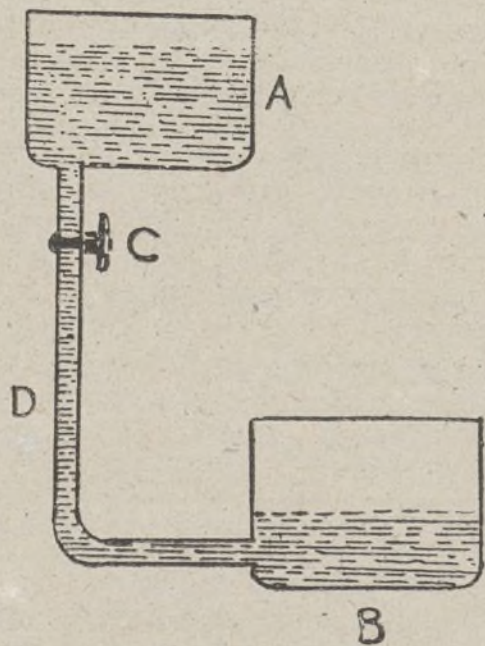


Fig. 1.^a

aplicaciones prácticas que hacen de la electricidad el más poderoso auxiliar del hombre en la vida moderna: alumbrado, fuerza motriz, tranvías, cinematógrafo, telégrafo, radio, etc.

La energía eléctrica se obtiene por medio de la *corriente eléctrica*, que, a su vez, se define por su *tensión* y su *intensidad*. Para darnos cuenta bien de lo que estas cosas son vamos a comparar la corriente eléctrica con una corriente de agua.

En la figura 1 se representan dos depósitos de

agua, A y B, uno más alto que otro y reunidos por medio de un tubo. Si la llave de paso C está abierta, el agua de A baja al depósito inferior B. Esta corriente de agua es debida a la *presión* que produce la diferencia de nivel de los dos depósitos; si éstos estuvieran a la misma altura no habría corriente de agua, y cuanto más alto esté A con respecto a B con más fuerza bajará el agua, por ser mayor la presión. Hay que considerar también el *gasto*, o sea la cantidad de agua que pasa por el tubo en un tiempo determinado y que se mide en litros. En cuanto al tubo, cuanto más largo y estrecho sea se comprende que mayor *resistencia* oponga al paso de la corriente de agua, y que si es corto y amplio, el gasto de agua será más grande.

Pues bien, de modo análogo se comporta la corriente eléctrica. La presión con que circula (que aquí no depende la diferencia de altura de los aparatos) recibe el nombre de *tensión*, que se mide en *voltios* (motivo por el cual también se llama a la tensión *voltaje*), y es la fuerza mayor o menor con que el generador hace pasar la corriente eléctrica por los hilos que la conducen. Cuanto mayor sea la tensión o voltaje, más fácilmente pasará la corriente (para formarse una idea de relación diremos que la corriente eléctrica que se usa para el alumbrado de los automóviles tiene 6 ó 12 voltios; en el alumbrado de las calles y casas, 110 voltios, y la que se emplea para el encendido del motor alcanza a varios miles de voltios).

La *intensidad* de la corriente eléctrica equivale al gasto de agua; es decir, indica la cantidad de electricidad que pasa en un segundo y mide en *amperios*. (La intensidad de la corriente empleada para arrancar el motor de un automóvil es de 150 a 200 amperios; la de la corriente de encendido del motor es una fracción pequeñísima de amperios. En una instalación del alumbrado de una casa, con tensión de 110 voltios, una lámpara de 25 bujías consume, aproximadamente, un cuarto (0,25) de amperio.) Por último, la noción de *resistencia* en los *conductores* eléctricos (que son los hilos metálicos por los cuales circula la corriente) es la misma que los conductores para el agua. Cuanto más gruesos y cortos son más fácilmente dejan pasar la electricidad, y cuanto más largos y finos, más resistencia oponen al paso de la corriente. Además, aquí ocurre que todos los metales son igualmente conductores de la corriente eléctrica; el cobre, que es el metal para esto más empleado, es un buen conductor; en cambio, con hierro, níquel y otros cuerpos se hacen aleaciones (mezclas de metales) que son bastante resistentes. Hay cuerpos tan resistentes a la electricidad, que muy difícilmente dejan pasar la corriente, como son la porcelana, el aceite, el aire, el papel, el caucho, etc. A estos cuerpos se les llama *aislantes*.

Si por un hilo delgado se hace pasar una excesiva cantidad de corriente, por ejemplo, obligándola por medio de una tensión grande, el hilo se calienta y llega hasta quemarse. Esta es una propiedad que se emplea para limitar la corriente que puede pasar por un hilo o serie de hilos; en un sitio cualquiera de ellos se coloca un trozo calibrado de hilo de plomo; en cuanto la intensidad sube de lo marcado, peligrando de quemarse los conductores, ese hilo de plomo, llamado *fusible*, se calienta tanto, que se funde y queda cortado el paso de la corriente eléctrica, como ahora explicaremos: (Continuará.)



El viaje de Prieto por América ha sido de un valor extraordinario para la República.

No sólo en el aspecto económico—que en estos momentos resulta interesantísimo—, sino también en el aspecto moral, pues en muchos sitios de América donde no se veía con agrado la causa de la República hoy, después del viaje de Prieto, están francamente a nuestro lado.

* * *

Del viaje de Chamberlain a Italia puede decirse que ha sido beneficioso para el «duce». Chamberlain, que iba dispuesto a responder con un «no» a las pretensiones de Mussolini, una vez en Londres no se decide a obrar de manera que se le pueda cortar el paso a Italia. El hombre de la eterna indecisión sigue dejando, con su «legalismo»—No Intervención—que italianos y alemanes jueguen a su antojo con las democracias.

* * *

Túnez y Córcega han recibido triunfalmente al jefe del Gobierno francés.

Tunecinos y corsos no quieren nada con el «delicioso» régimen fascista.

Aquí Mussolini ha dado en «hueso».

¿Pero aprovechará Daladier esta lección para

imponerse de una vez y con energía a las baladronadas del «duce»?

* * *

La opinión pública francesa, y al frente de ella los diputados socialistas, comunistas y muchos radicales, aprietan cada vez más a su Gobierno para que éste preste un apoyo eficaz a la República española.

Hombres de gran autoridad dentro de la mayoría gubernamental, como el ex ministro Pierre Cot, han hecho oír su voz en nuestra defensa para que su Gobierno arranque la venda que tapa sus ojos y vea con claridad la necesidad rápida de una ayuda eficaz a nuestro país, que supone ayudarse a sí mismos.

* * *

El Consejo de la Sociedad de Naciones ha celebrado otra reunión.

La Sociedad de Naciones, muy fina, muy pulcra, muy... diplomática, ha aprobado una «felicitación cordial» y una «condena moral». La Sociedad de Naciones, que por su edad debiera ser una moza aguerrida, da la impresión de ser una vieja vaselinesca, dispuesta siempre a complacer a todo aquel que ponga cara de hombre malo, aunque con ello quede malparada la justicia. Todo lo más que hace es «condenar moralmente»...

Camarada: Ayuda al Gobierno de Unión Nacional denunciando a todo aquel que, debiendo incorporarse a filas, elude este deber con la patria, haciéndose pasar por «imprescindible», sin presentarse en el C. R. I. M.

Hay que desenmascarar a estos emboscados de nuevo cuño y a sus interesados protectores

¡Todo el mundo a las órdenes del Gobierno de la República!

¡Quien no las cumpla o aconseje a los demás su incumplimiento es un traidor!



POR
EL TENIENTE
Cejero Buitrago

Multitud de definiciones se han dado a esta palabra. Sin embargo, casi ninguna de ellas expresa con la debida claridad el sentido general de estrategia. Unos dicen que como se deriva del griego «estrategos», que quiere decir jefe o general, estrategia es el arte del general. Muy bien. De acuerdo. Pero eso no es decir nada, porque ¿cuál es el arte del general? Tendríamos que hacer otra definición. Rubió, en su diccionario militar, llega a exponer que la idea de estrategia se percibe bien clara y precisa en la inteligencia de profesionales y profanos, aunque con palabras no pueda quedar nunca del todo determinada. Después, con el fin de inculcar la idea, se extiende en consideraciones que le apartan de la definición. En cambio, yo opino que antes de entrar en el estudio de una materia ha de precisarse el significado y valor de las palabras o términos que hemos de emplear, pues si estos aparecen confusos es indudable que el conjunto del estudio no resultará nada claro.

Algunos autores afirman que estrategia es la ciencia que fija la manera general de alcanzar el fin de la guerra. Otros dicen que es la que regula y coordina todas las operaciones, y hasta hay quien la limita al arte de hacer la guerra sobre el plano. En el concepto de Bernhardt, la estrategia tiene por objeto llevar las tropas al combate en la dirección decisiva y en las condiciones más favorables. Todos discrepan porque parece que quieren atenerse a la acepción militar de la palabra, sin tener en cuenta que estrategia abarca también otros campos.

Pero si dijéramos que estrategia es el arte de dominar al adversario o de defenderse de él, yo creo que la definición general estaba conseguida. Y obsérvese que no decimos vencer, sino dominar. Vencer lleva consigo la idea de lucha entablada, y dominar tiene, en cambio, un sentido más amplio, que alcanza desde las prevenciones que se toman para colocarse en situación superior y adecuada hasta el mismo instante del total exterminio del contrario. Una acción puede ejecutarse no con el fin exclusivo de vencer y aniquilar al enemigo, sino sólo con objeto de dominarle preventivamente, de colocarle en situación inferior, de conseguir ventajas sobre él. Esta acción es una acción estratégica. Y si el enemigo, por no verse dominado o por mejor defenderse, recurre a la lucha abierta, entonces, para dominarle, habrá que luchar y vencer. La lucha y el vencimiento tienen, pues, por objeto la dominación, y son, por tanto, acciones estratégicas; son recursos de la estrategia para cuando el adversario no admite de grado su sometimiento.

Un general español decía que estrategia es el arte de operar antes del combate, y táctica el arte de operar en el combate. No estoy de acuerdo con ello, porque, aun prescindiendo de que el combate cons-

tituye en sí una acción estratégica, la dirección del mismo y la mayor parte de los hechos que lo integran son puramente estratégicos. Cuando, por ejemplo, el jefe de una gran unidad ordena en pleno combate que se ceda terreno al enemigo por un valle y, al mismo tiempo, concentra sus reservas en otro sector y manda que, por este lado, se conquiste a toda costa una prominencia que domina el terreno cedido, efectúa una operación que entra de lleno en la materia que tratamos. Por otra parte, un desfile o una parada son movimientos tácticos efectuados sin combate y hasta sin si-

mulacro de él, pero que por eso no dejan de ser tácticos. De ello se desprende que la definición de táctica y de estrategia no está bien hecha, pues toda definición debe comprender dentro de ella todo lo que constituye objeto definido.

Y es que muchos consideran la táctica como no solamente diferente, sino hasta independiente de la estrategia. Lo cual no ocurre. Así como estrategia es el arte de dominar, táctica es el arte de obrar. En sentido militar, cambiaremos la palabra obrar por la de operar. Pero operar con arreglo siempre a las normas que nos dicta la estrategia. El orden de aproximación, el de combate, la instrucción de ametralladoras y el mismo orden cerrado están concebidos con un fin de economía de personal, de material, de tiempo y de vulnerabilidad que tiende a hacernos superiores al adversario, o, por lo menos, a incrementar el coeficiente de eficacia de las tropas. La táctica depende, pues, de la estrategia, y es, como quien dice, su parte práctica la que trata de los procedimientos a emplear para mejor cumplir las órdenes y planes del mando.

Muchos consideran también que la logística es un estudio independiente de la táctica y de la estrategia, sin darse cuenta de que es táctica porque trata de los modos de proceder en las marchas y en los reposos, y que sus normas, como todas las de la táctica, están dictadas por la estrategia. En su consecuencia, nos vemos obligados a admitir que la logística es una parte de la táctica, y ésta, a su vez, de la estrategia. Por muchas vueltas que le diéramos y cuanto más adentráramos en el análisis de las aplicaciones que se dan a dichas palabras y de los estudios que comprenden, siempre llegaríamos al resultado de que la estrategia o arte de dominar al enemigo es la que rige todas las demás, orientándolas y reglamentándolas. El tiro, que es una parte de la táctica, no escapa tampoco de la tutela de la estrategia.

Ahora conviene demostrar que toda ciencia o arte que depende de otro, por dicha causa, forme ya parte de éste. Y es natural que así sea, porque si una materia está regida por las leyes generales de otra, es indudable que las leyes de la primera están comprendidas en las de la última, y que si diéramos a la mayor una extensión absoluta llegaríamos infaliblemente a estudiar todo lo concerniente a la menor. Así, por ejemplo, la física, la balística, la mecánica y la contabilidad son ramas de las matemáticas. La lógica matemática preside y rige a todas ellas, como los principios de la estrategia rigen la táctica, la logística y el tiro.

(Continuará.)

Aventuras de Ceporro el heroe de Castaño.



Núm. 1

Va Ceporro de servicio y hace el primer estropicio.



Núm. 2

Sale con un camión de Madrid a Tarancón.



Núm. 3

Y se encuentra en el camino un carro que trae vino.



Núm. 4

Echándole gran salero se hace amigo del carrero.



Núm. 5

Bebiéndose el muy «carota» todo el vino de la bota.



Núm. 6

Y agarrando tal «toquilla» que tiene que ir en camilla.

¡SALUD, HEROES DEL MAR!

Nuestra Marina de guerra viene realizando una labor callada, pero beneficiosa en grado sumo. Antes en el Cantábrico y ahora en el Mediterráneo nuestros marinos han dado pruebas de su gran heroísmo y amor a la República. La gesta heroica del «José Luis Díez» dice bien claro de lo que son capaces nuestros valientes marinos

¡Con hombres de este temple la República es invencible!